

Así, de comentario en comentario, parecía olvidarse un poco del presente, y hablando de sus padres, sus abuelos y sus hermanos, dejaba escapar una sonrisa.

Era de noche y mis hermanos estaban durmiendo. Mis padres discutían en voz baja, pero yo les oía. Me levanté de la cama y me puse a escuchar detrás de la puerta. Sabía que no tenía que hacerlo, pero algo impedía que mis padres fueran felices y los angustiaba. Esa podría ser la ocasión de descubrirlo.

—No, no, Ahmed, ahora no podemos volvernos atrás. ¿Qué diría la gente? ¿Y los niños? Nos ha costado mucho llegar hasta aquí.

—¿Y qué sugieres, Fadma? Gano sesenta y tres mil pesetas y pago dieciocho mil de alquiler; luego, está el agua, el gas, la electricidad y todo lo demás. No es como en Marruecos, que no pagamos nada de eso —decía mi padre.

—No lo pagamos porque no tenemos ni gas ni luz, y el agua ¡la cogemos del pozo! De todas formas no podemos volver a Marruecos. Haré lo que

sea, pero quiero que mis hijos tengan una vida mejor.

La discusión continuó. Por fin lo entendía todo ¡Qué decepción! ¡Y yo que creía que mi padre tenía mucho dinero! Pues no era así. Estaban discutiendo porque no ganaba lo suficiente para mantenernos a todos. No ganaba tanto dinero como yo quería decirle a Hakima.

Al día siguiente, mi madre nos acompañó al colegio. Cuando vio a la madre de Jamila, se le iluminó la mirada y lanzó un suspiro. Debió de sentirse un poco más segura. No dudó ni un instante. Se acercó a ella y se presentó. Luego, le explicó la situación en que nos hallábamos. ¡Pobre mamá! Cuando lo recuerdo, todavía se me saltan las lágrimas. Nunca la había visto tan desesperada como aquel día. Tenía el rostro marcado por el sufrimiento... Era muy buena mujer. En el pueblo, todo el mundo la conocía como «Fadma'n Shaib». Shaib era su padre. Todos sabían que podían contar con ella para lo que hiciera falta. Siempre estaba dispuesta a ayudar, pero nunca pedía favores a nadie e intentaba resolver cualquier problema ella sola.

Se volvió a hacer un silencio absoluto. Las voces se iban acercando: eran el novio y sus hermanas, una a cada lado y las otras detrás. Eran cinco hermanas, pero se habían sumado al grupo unas cuantas jóvenes más. El novio, Mohamed, miraba hacia el suelo y no alzaba la vista para nada.

Se le veía muy tímido. En esos momentos era normal... ¡Solo tenía diecisiete años y la habitación estaba llena hasta los topes!

Pero, Mohamed no era tímido. Su hermano Omar, que también entró para hacerse una foto, era mucho más tímido que él. Mi abuela me dijo que Omar sería el hombre de mi vida, que me cuidaría muy bien. Yo cambié de tema inmediatamente.

Bebimos té y comimos pastitas hechas por mi madre, y cuscús... Yo acabé cansadísima y me fui a dormir, pero la fiesta continuó con bailes y más bailes.

Al día siguiente fui a buscar a mi abuela y le expuse la duda que tenía desde hacía días, le pregunté cómo era que aquella señora, Fadma, la madre de Mohamed y Omar, saludaba a papá de aquella manera y...

Se echó a reír.

—¿Es que no lo sabes? —me dijo—. ¿No sabes que es la hermana de tu padre? Mi hija mayor. Hoy volverá a venir con su marido para pactar la dote de Hayat.

—¿Dote? —pregunté.

Al darse cuenta de mi ignorancia, intentó explicarme cómo funcionaba el «asunto, para el día de mañana, cuando te cases...».

Me explicó que habían pactado unas trescientas mil pesetas para vestir a la novia. Primero me quedé con cara de no entender nada, pero después me lo explicó.

—Quiero decir que es dinero para Hayat, para comprarse oro especialmente, ropa típica y otras cosas que le apetezcan.

Mi madre limpiaba el patio y lavaba los platos. Tenía un aspecto cansado y afligido. Mientras todos cantaban y bailaban, ella controlaba que no faltara de nada. Dejó el patio muy limpio y se fue a desayunar con la yaya. Mientras, yo me quedé sentada a la puerta de la habitación, pensando en lo que me había explicado mi abuela.